

ct

La clínica de las mil caras

de
Eduardo Viladés

(fragmento)

*Interior, tarde, clínica de fisioterapia.
A la izquierda, un mostrador. A la derecha, una camilla, varias sillas, un baúl muy grande tapado. Entre ambas estancias, un biombo de hospital.
Títulos colgados de la pared. No hay nadie en escena.
Entra Vicente por el lado izquierdo; camina un poco renqueante.
Se sitúa a un lado y llama al hipotético timbre varias veces, pero no obtiene respuesta. Decide entrar, cauteloso.
Apoya la mano en su espalda y se la masajea. También el cuello. Pone expresión de dolor. Se coloca al lado del mostrador.
Estornuda y carraspea para llamar la atención y que alguien acuda al mostrador.
Al no venir nadie, pulsa varias veces el timbre de recepción, creando un fuerte estruendo.*

VICENTE (*en voz alta*)

¡Hola, buenas tardes! (*varias veces*)

¿Hay alguien ahí?

¿Hola?

Se oyen pasos.

Aparece Ana Gutiérrez, la encargada, por detrás del biombo.

Va muy maquillada, con mucha pedrería y tacones altos. Viste con una bata blanca y lleva un fonendoscopio con incrustaciones de perlas y rubíes. Se coloca detrás del mostrador.

ANA GUTIÉRREZ

¿Hay alguien ahí?

Pausa. Le observa detenidamente.

¿Qué te crees que es esto? ¿Una sesión de ouija?

¿A qué viene tanto escándalo?

VICENTE

Perdone, es que pensaba que no había nadie.

ANA GUTIÉRREZ

¿Te crees que voy a dejar la puerta abierta si no hay nadie en la consulta?

Está claro que no eres Séneca.

Pausa.

Dime cielo, ¿qué quieres?

VICENTE

La puerta no estaba abierta.

Estaba cerrada; simplemente no tenía candado ni cerrojo y al girar el pomo he podido entrar.

Nervioso.

Es como las puertas del interior de una casa, la de la cocina o el baño o el cuarto de estar, que no se cierran con llave.

Más nervioso.

Yo he llamado al timbre y esperaba que alguien viniera y al ver que no acudía nadie he entrado y entonces he pulsado el timbre de recepción que, por cierto, es como el de los hoteles.

Lo pulsa un par de veces ante la feroz mirada de Ana Gutiérrez.

La puerta estaba cerrada, insisto, lo que he hecho ha sido...

ANA GUTIÉRREZ (*interrumpiéndole*)

Cariño, por lo que veo tienes verborrea, no me extraña que tengas mal las lumbares. Hablas tanto que no respiras bien y cargas todo el peso de la oxigenación en la pleura, con lo que la musculación que la rodea se resiente.

VICENTE

Se nota que usted es médico.

ANA GUTIÉRREZ

Me reafirmo, no eres Séneca.

¿Yo, médico?

¡Qué disparate!

VICENTE

¿Y el fonendoscopio?

ANA GUTIÉRREZ

De un paciente que se lo dejó la semana pasada.

Si te soy sincera, mientras mi marido estaba haciéndole un masaje abrí su maletín y me lo agencié.

Soy muy transgresora en lo que a moda se refiere y me gusta innovar.

El negro hace juego con el blanco de mi bata y estas incrustaciones de piedras preciosas que le he puesto son monísimas, ¿verdad?

VICENTE

La bisutería pega con todo.

ANA GUTIÉRREZ

¿Bisutería?

¡Bisutería llevará tu madre!

VICENTE (*de nuevo, con incontinencia verbal*)

Qué curioso que es el mundo de la moda, ¿no cree?

Sentirse seguro de uno mismo y pisar con fuerza en la vida gracias a un *trikini* siempre me ha suscitado serias dudas.

Pausa.

No sé, quizá el raro soy yo.

ANA GUTIÉRREZ

No te digo que no...

VICENTE (*va marcando el "todos" a medida que los pronuncia*)

Casi todos los diseñadores aseguran que su madre es su gran fuente de inspiración, todos admiran a Balenciaga, todos detestan a Ágata Ruiz de la Prada y todos se consideran muy campechanos, aunque después hablan como si fuesen el Mesías y son incapaces de disfrutar de unos huevos fritos en el sofá de casa un domingo lluvioso.

ANA GUTIÉRREZ

Pero todos no son tan porteras como tú.

Hablas tanto que necesitarías un buen masaje en la boca para relajar la mandíbula.

Pausa.

O un par de hostias, según se mire.

VICENTE

¿Cómo ha dicho?

ANA GUTIÉRREZ

Lo último que he dicho ha sido *dime cielo, ¿qué quieres?*

Estoy segura.

VICENTE

No, después.

ANA GUTIÉRREZ

Estoy segura.

VICENTE

No, antes.

ANA GUTIÉRREZ

Lo último que he dicho ha sido *dime cielo, ¿qué quieres?*

Estoy segura.

Vicente, confuso, se aparta a un lado.

*Se sube la camiseta sin mirar a Ana. Pone cara de dolor por sus contracturas.
Ana, excitada, empieza a desnudarse y a tocarse, no deja de observar detenidamente
el torso de Vicente.*

VICENTE (*sorprendido*)

Pero, ¿qué hace?

ANA GUTIÉRREZ

Se me había metido una mosca en el escote.

¡Creo que tengo derecho a sacarla!

VICENTE

Aquí no hay moscas.

ANA GUTIÉRREZ

¡Claro que hay!

El plástico de las camillas las atrae, son muy pequeñas, me tienen harta.

VICENTE

Mire, es aquí dónde más me duele.

Ana da la vuelta al mostrador y se acerca a Vicente.

ANA GUTIÉRREZ

Ya veo, lo tienes muy colorado.

VICENTE

No dejo de rascarme.

ANA GUTIÉRREZ

Pues entonces quizá es más un problema dermatológico.

VICENTE

No es solo picor, me duelen las articulaciones.

ANA GUTIÉRREZ

¿Has hecho ejercicios bruscos?

VICENTE

Creo que fue el otro día en el gimnasio.

Soy muy orgulloso y no me dejo aconsejar por los monitores.

Me gusta ir a mi bola y no sigo ningún tipo de indicación.

Me puse a hacer dorsales en una máquina nueva de colores chillones que han colocado al lado del dispensador de agua y...

ANA GUTIÉRREZ (*interrumpiéndole*)

¡Eres un puto loro!

Vicente, compungido, pide perdón agachando la cabeza. Ana pone expresión de loca.

¿Solo eso? Piensa un poco.

Da varios golpecitos en la frente de Vicente.

A tu edad las hormonas están revolucionadas, se bebe mucho, a eso se suma el crack y el caballo, uno llega a casa a las mil, sin saber por donde le da el aire, se deja llevar y organiza un *bukake* cuando menos se lo espera, todos con todos, todas con todas, todas con todos...
Feromonas corriendo a destajo por las rabadillas, fluidos...

Pausa, muy excitada.

Temporada de lluvias, llegó el Monzón a las llanuras de la India, el Katrina del deseo, inundaciones, llamen al 112, la riada del amor, desbordamiento interior, Valencia 1957...

VICENTE

Veo que le va el rollo Minerva Piquero.

¿Qué le pasa? ¿Ha bebido?